

nuestras ideas, no nos dejen ni aun la presencia de espíritu precisa para hacer una confesión ordinaria? Debilitados en extremo y próximos á dar el último suspiro, ¿nos será fácil revisar la cuenta general de nuestra vida, que jamás hemos examinado bien, y cuyo arreglo hubiera exigido, aun cuando estábamos en perfecta salud, la penosa aplicación de muchos días? Este trabajo, que nos hubiera ocupado tal vez una semana entera cuando ni nuestra inteligencia ni nuestras fuerzas hubiesen recibido ningún mal, ¿lo acabaremos en algunas horas cuando el cuerpo se halle extenuado, cuando los sentidos estén debilitados y el espíritu no pueda ya coordinar sus ideas? ¿Esperamos acaso este prodigio?

Es cierto que deberíamos consagrar todos los años de nuestra vida á la cuestión de la eternidad; ¡y sin embargo, la relegamos á esas horas de angustias, á esos instantes terribles que preceden á nuestra muerte! Mas *yo pongo por testigo el día de hoy al cielo y la tierra,*¹ y afirmo que entonces ya no será hora, porque *el tiempo* de la última enfermedad *es corto;*² es muy corto para disponernos á bien morir. Si aplazamos hasta

¹ Judit 7. 17.

² 1 Cor 7. 29

entonces el asunto de nuestra salvación, *lo repito delante de Dios, delante de Jesucristo y delante de sus santos ángeles,*¹ moriremos sin haberlo hecho; y á menos de una gracia especial, que Dios concede rara vez, y por excepción al orden de la divina Providencia, no tendremos en el espacio tan corto de los días de nuestra última enfermedad tiempo suficiente para prepararnos para la muerte.

ARTÍCULO III

ESE TIEMPO NO ES OPORTUNO

El tiempo ya tan incierto y tan corto de la última enfermedad no es un tiempo propio y conveniente para prepararnos al difícil viaje de la eternidad. Dejemos sino la palabra á la experiencia. Imaginaos un hombre que ha querido retardar hasta ese momento, hasta las puertas del sepulcro, el cuidado de esta importante reparación. Vedle: una grande y súbita enfermedad le ha tendido en su lecho y ha extinguido sus fuerzas; héle ahí con todos los síntomas de la muerte. El ministro de la religión está á su cabecera, y le insta, le exhorta, le alienta y le consuela; mas el enfermo tiene ya la imaginación turbada, la razón perdida y la

¹ 1 Tim 5. 21.

memoria vacilante. Los piadosos afectos que le inspiran, y la acusación de sus faltas, las interrumpe cien veces para respirar, para humedecer su boca y para tomar algún descanso; el dolor le oprime, su espíritu no puede fijarse, y la confesión le fastidia y le fatiga.

Su confesor, con ardiente celo, con palabras de encendida caridad, lo exhorta á detestar sus faltas, á hacer actos de fe, de esperanza y de caridad; pero el enfermo se duerme ó se adormece, ni entiende lo que se le dice, ni puede comprenderlo: interrogado, sus respuestas no están acordes: si habla, no son pensamientos serios los que explica, sino las ilusiones de un sueño; repite las palabras que vienen á herir su oído, con voz ininteligible y que expira en sus labios; murmura á medias palabras algunos pecados, mas no hace conocer ni la especie ni las circunstancias, ni se explica si no es de una manera incierta y obscura. Muchas veces confiesa, no los pecados que ha cometido, sino aquellos sobre los cuales se le pregunta. Da tan débiles señales de una contrición que no se le puede creer, y cuando parece que se aflige por sus pecados, no se contrasta más que por su enfermedad.

Repentinamente, en medio de la confesión, siente un aumento de dolor, se re-

vuelve en su lecho, se queja y gime. Las personas de la casa acuden para aliviarle; el confesor se retira, el médico se acerca.

Después de un instante de calma, el sacerdote vuelve, procura inspirarle sentimientos de contrición, y mientras le excita, el enfermo se desmaya; acuden de nuevo, le reaniman, le prodigan socorros. El confesor se ve aún obligado á ceder al tiempo, á esperar y á interrumpir su ministerio. Entretanto, el término de la vida avanza, el mal hace horriblos progresos, la muerte se halla á la puerta, su brazo ya está levantado; en fin, ya no hay esperanza de mejorar el estado del moribundo. ¿Qué va á hacer el sacerdote? Con voz trémula y el temor en el corazón, aventura bien ó mal la absolución para apresurarse en seguida á administrarle los otros sacramentos; el enfermo los recibe medio dormido, apenas sabe de qué se trata; por otra parte, le es casi imposible oír nada, á causa de la precipitación con que es necesario obrar; y uno se queda horrorizado al ver con qué indiferencia se presta para la recepción de estos venerables misterios; y no obstante, esas son las últimas acciones de su vida, acciones que la mayor parte de los hombres no cumplen más que una vez.

El enfermo, casi privado del conocimiento y del uso de los sentidos, deja oír sonidos entrecortados, siente continuas contracciones de los miembros, respira penosamente, y va á entrar en la agonía; todos se acercan á su lecho, encienden luz, le presentan un Crucifijo: los que le asisten le repiten los nombres de Jesús y de María, y los actos de virtudes que convienen á su situación; mas él nada oye; héle aquí en las últimas, luchando con la muerte; está anhelante, el frío invade sus miembros y bien pronto no será más que un cadáver. ¡Oh Dios mío! ¿quién sabe si tendría que rehacer confesiones nulas, que sondear de nuevo los pliegues de su conciencia y declarar circunstancias importantes de sus pecados, extenderse en dudas graves y fundadas, reparar injusticias y escándalos, retractarse de maledicencias, renunciar á enemistades y prevenir las consecuencias de omisiones en sus deberes? Mas ya no es tiempo, no puede fijar su atención; es incapaz de nada serio, su espíritu se va extinguiendo, está todo gastado y ya no tiene más que un soplo de vida. Su confesor le exhorta: le sugiere actos de detestación de sus faltas, de contrición, de esperanza y de amor. ¡Trabajos inútiles! el enfermo ha perdido toda energía, ya no tiene ni capacidad, ni ap-

titud, ni bastante juicio para producir ninguno de esos actos; su razón se ha desvanecido... y muere por fin. ¡Qué muerte tan poco segura! He aquí cómo la última enfermedad no es un tiempo propio y conveniente para tratar el más importante de los asuntos.

Este momento supremo es verdaderamente la *noche estéril y terrible durante la cual nadie puede ya trabajar*¹. Jesucristo no dice solamente que nos será difícil entonces prepararnos para la muerte, sino que nos afirma que esta preparación, dejada hasta los últimos instantes, es una tentativa de éxito totalmente incierta, llena de obstáculos, moralmente imposible, temeraria y contraria al orden común de la divina Providencia. "*Viene la noche cuando nadie puede trabajar*"². Es cierto que Dios no niega jamás las gracias suficientes para la salvación, esas gracias con las cuales los que no han tenido una buena vida, habrían no obstante podido tener una santa muerte: mas á los pecadores que demoran hasta el último instante la preparación para la muerte, la divina justicia no les concede sino rara vez, por excepción y como por un milagro de clemencia, los auxilios eficaces con los

¹ Jean 9. 4

² Ibid

cuales ciertamente habrían tenido un fin dichoso y obrarian su salvación; de donde debemos deducir que el tiempo de la última enfermedad no es un tiempo propio y conveniente para prepararnos á bien morir y que el imprudente que dilata hasta entonces el prepararse para la eternidad, morirá ciertamente sin estar preparado, como no sea prevenido por una gracia especial y extraordinaria, la cual no es debida á nadie y no se puede prudentemente esperar.

Mas, decís vos, yo espero ser asistido en esa hora por un confesor lleno de experiencia, y cuyo celo suplirá más que suficientemente mi falta de preparación.—¿Quién, pues, pregunto, os ha asegurado que un ministro de la religión os asistirá en vuestro lecho de muerte, que llegará bastante á tiempo y que el que venga será capaz de prevenir las consecuencias de vuestra pereza? ¿Quién os ha prometido que tendreis toda vuestra presencia de espíritu, que podreis comprender perfectamente todo lo que os sugiera el sacerdote sentado á vuestro lado? Reflexionad acerca de esas preguntas, y responded. ¿Cuántos hay que á diario son heridos de apoplejia, que se ahogan, que caen heridos por una bala ó bajo los golpes de un hierro homicida, ó que perecen, en fin, por otro

accidente imprevisto? Su muerte es súbita y no permite ningún aplazamiento para que se pueda llamar á un confesor. ¿Sabeis si no estais destinado á aumentar su número?

Supongamos, si quereis, que no moris repentinamente, sino á consecuencia de una enfermedad. Pues bien, ¿no se ve muchas veces, sin saberá qué atribuir la causa, ó que no se llama al sacerdote, ó que éste se halla ausente, ó que llega muy tarde casa del enfermo, ó que á su llegada este se encuentra privado de la razon? Todos los dias se leen ó se oyen referir semejantes accidentes, y aun uno mismo los mira. En fin, no se podria contar el numero de las personas que mueren sin confesar, á mas de las que, á la vista misma del confesor, no reciben de él ningún auxilio, porque agonizan y mueren sin conocimiento. Vos no estais sin duda al abrigo de una desgracia que han probado antes tantos otros.

Supongamos, yo lo espero como vos, que tendreis toda vuestra presencia de espíritu y que un hábil ministro os asistirá. ¿Que deducir de aqui? No temo compararos al imprudente que piensa en tomar lecciones de esgrima en el momento mismo de batirse en duelo. Vedle, jamas ha sabido manejar las armas; le ha provocauo un hábil y valeroso ad-

versario, la lucha es inevitable, el tiempo y el lugar están fijados; y es necesario batirse. Mas ¿qué va á hacer el desgraciado? Llama en su ayuda á un maestro de armas ejercitado, y se va con él al terreno. Sacan las espadas, vienen á las manos; su terrible adversario cae sobre él: le ataca á derecha é izquierda, le aseña en todos sentidos, y semejante á una furia, le acerca el acero á los ojos, á la garganta, al corazón.

El maestro cuya asistencia ha pedido, y que está á su lado, le advierte, le interpele y quiere dirigir su acción; mas él no entiende los términos técnicos del maestro, que no le sirven más que para turbarle y, antes de haber podido aprovecharse de sus lecciones, cae mil veces herido.

¿Puede dejar de reprobarse la presunción de un hombre que, semejante al temerario de quien hablamos, escogiera el momento de un duelo para instruirse en el manejo de las armas? Y *vos sois este hombre*¹, vos que, pródigo de los bienes del cielo y de la salvación de vuestra alma, demorais hasta el tiempo de la muerte el cuidado de atender al arte de bien morir. Queráis ó no queráis habeis de morir; no podeis evitar el último comba-

¹ 2 12 7.

te, vendreis á las manos con el demonio, y tendreis que luchar con la eternidad que reclama vuestra alma.

Es cierto que un sacerdote podrá asistiros, os dirigirá las oraciones más tiernas, os sugerirá los pensamientos más piadosos y os ayudará á hacer los actos de las virtudes más perfectas; pero la antigua serpiente, el antiguo adversario, os atacará sin descanso, unas veces insinuando en vuestro espíritu tentaciones contra la fe, trabajando otras para arrastrar vuestra voluntad á la desesperación, otras presentando á vuestra memoria el recuerdo seductor de los placeres ilícitos que habeis amado. El confesor, al contrario, os repetirá con todo el ardor de su celo estas palabras: "Dios mío, yo creo, espero, amo, y me arrepiento; santa Madre de Dios, acordaos de mí." Mas vos que no estais familiarizado de antemano con estos actos de piedad, no comprendereis esos términos, como si os los explicasen en una lengua extranjera. Repetireis, no de corazón, sino solamente de boca, las mismas expresiones del sacerdote. Entre tanto el demonio, *lleno de una grande ira y sabiendo el poco tiempo que le queda*,¹ redoblará sus ataques, y con todo el furor de la

¹ Apoc. 12. 12.

ira, se esforzará por hacer caer vuestra alma en algún pecado. Vos expiraréis, en fin, en las fatigas de esta lucha, é ireis á vuestra eternidad. He ahí, pues, á qué se reducen muchas veces los socorros y las ventajas que pueden esperar del ministro de la penitencia, en su último combate, los cristianos que viven sin prever jamás el fatal instante de su agonía, ó no tienen confesor, ó llega muy tarde, y su presencia no les es ya más útil que si no se hubiese presentado.

El mal ladrón atado á la cruz tenia junto á sí todo lo que hubiera de más santo en la tierra, Jesucristo, la santísima Virgen, el discípulo amado, santa María Magdalena; no obstante murió en su pecado, y se condenó. El cardenal Belarmino asistía un día á un enfermo distinguido en el mundo por su fortuna y su nobleza; le recomendó se excitase muchas veces á la contrición. "Padre mío, dijo el enfermo, ¿qué cosa es contrición?" Belarmino trató de explicárselo. Mas replicó el enfermo: "Padre mío, no comprendo lo que me pedís." ¡Qué desgracia para él! se le ponían en las manos excelentes armas; ¿de qué le sirvieron? Estaba asistido por un profesor lleno de experiencia en la guerra espiritual; ¿qué auxilio obtuvo de él? *Esto es porque no sabemos el arte de la guerra cuando*

llega el momento de hacer uso de él, observa con justicia Casiodoro, si no lo hemos aprendido de antemano.

Es, pues, grande imprudencia contar únicamente con el celo y la experiencia del sacerdote que nos asista en la última hora; es una inexplicable presunción el demorar hasta el tiempo de la muerte vuestra preparación; esto es como esperar la tempestad para construir el navio, como suspender hasta el día del sitio las fortificaciones de la ciudad, como esperar la hora del combate para alistar é instruir á los soldados. En fin, cuando sabemos sin poderlo dudar que en el artículo de la muerte tendremos en contra al más poderoso, al más experimentado é implacable de los enemigos, es una loca audacia el no prevenirnos para esta lucha, y retardar hasta la hora del combate nuestra preparación. A los que obran con tanta temeridad, yo les aseguro por *Aquel que vive en los siglos de los siglos*¹, á menos que no cuenten, por decirlo así, con una misericordia excepcional, que es de temer que mueran sin estar preparados; porque el tiempo de la última enfermedad es un tiempo incierto, muy corto, y de ningún modo conveniente para disponernos á morir.

¹ Apoc. 10, 6.

¡Desgraciados, pues, de aquellos que retardan esta preparación hasta el fin de la vida, que no se preocupan de proveer del óleo de la caridad hasta la hora en que el esposo llega! Temer deben que éste les grite desde la sala del festín: “*No os conozco.*”¹ ¿Quién no quedará horrorizado considerando el cuadro que nos traza el Evangelio de la desgraciada suerte de las vírgenes fátuas? ¡Infortunadas! ¡eran vírgenes y tenían sus lámparas, esperaban al esposo y suspiraban por las bodas! Pidieron el aceite á sus prudentes compañeras, fueron á casa de los mercaderes á comprarle; prepararon sus lámparas y se apresuraron á ir á las bodas; llamaron á la puerta y solicitaron ser introducidas, juntaron á sus instancias las súplicas, los gemidos y las lágrimas. ¿Quién no esperaría que el esposo, tan lleno de bondad, las admitiría una vez más y que no turbaría el gozo de sus bodas por su expulsión? No obstante, porque no se habían puesto hasta ese último momento en condición de prepararse, no se les abrieron las puertas, y desde la sala del festín se las hizo oír esta voz de reprobación: “*No os conozco.*”²

Todas estas cosas, podemos decir con

¹ Mat. 25. 12.

² Mat. 25. 12.

el apóstol, *son como símbolos; y han sido escritas para nuestra instrucción.*¹

Las vírgenes fátuas son, en efecto, la imagen de los cristianos temerarios que piensan por primera vez en disponerse para el gran viaje de la eternidad cuando la muerte se aproxima, al surgir la última enfermedad. Ellos también se arrepienten y golpean su pecho; lloran y gimen; pero una penitencia tardía rara vez es sincera. Sus lágrimas son falsas; se afligen por la enfermedad y por la muerte y no por sus pecados; se confiesan, mas con tales disposiciones que esta confesión tendría necesidad de ser expiada por otra confesión nueva, y porque la muerte es el eco de la vida, se muere como se ha vivido, es decir con una prudencia terrenal y en la ceguera del espíritu. Es, pues, una funesta pereza dejar para los últimos instantes el asunto de nuestra eternidad, el más importante y sin contradicción, el más difícil de todos.

Si al menos fuese cosa fácil morir bien, no habría tanta imprudencia en dejar para ese tiempo tan corto, tan incierto y tan poco conveniente el prepararse. Pero lograr una buena muerte es la más difícil de todas las acciones, la más llena

¹ Cor. 10. 11.

de obstáculos; no hay empresa que exija más cuidados y en la cual sea más terrible el yerro. Expirar sobre la ceniza cubierto de un cilicio, con el crucifijo sobre los labios, exhortado por los ministros de la religión y pronunciando los dulces nombres de Jesús y Maria, he aquí, á juzgar por lo exterior, una muerte verdaderamente piadosa y cristiana. Esas circunstancias son, es cierto, indicios consoladores y probables de un fin dichoso; sin embargo, no son señales ciertas; testigo, aquel doctor ilustre de París, del cual se habla en la vida de San Bruno, cuyos últimos instantes fueron acompañados de todas esas señales exteriores de una buena muerte, y que no obstante tuvo la desgracia de condenarse. San Francisco Javier, al contrario, murió sin confesor, sin el auxilio de los sacramentos, sin ninguno de los consuelos espirituales que dependen de los hombres; y, no obstante, recibió la corona de los santos.

Si para bien morir bastase el expirar fortalecido con los sacramentos de la Iglesia, teniendo el crucifijo en las manos y un sacerdote al lado, se podrían sin mucha pena cumplir todas esas condiciones, y no habría tanta temeridad en demorar hasta el momento supremo su preparación para la muerte. Mas las con-

diciones de una buena muerte no se obtienen tan fácilmente. Bien morir, es morir en gracia, sin pecado, sin afecto al pecado; es salir de este mundo después de haber obtenido el perdón de sus faltas por una penitencia y una satisfacción suficientes; después de haber corregido todos sus malos hábitos y dejado todo afecto desordenado á las cosas de la tierra; es terminar la vida haciendo con fervor los diferentes actos de las virtudes cristianas, particularmente de fe viva, de perfecta esperanza, de ardiente amor de Dios, amado sobre todas las cosas, de tierna caridad aun para nuestros enemigos y, en fin, de una firme resolución de morir mil veces antes que ofender á Dios en lo venidero. ¡Cuánto trabajo! ¿Y quién no ve toda la virtud y el valor que supone?^a

Sin embargo, nos atrevemos á prometernos que no faltaremos á esas disposiciones en el último y fatal momento, cuando las fuerzas del cuerpo están extinguidas, las facultades del alma debilitadas y las malas inclinaciones del

^a (Nota del traductor).— Esas son las verdaderas condiciones de una santa muerte; mas sin duda no son necesarias en toda su perfección para salvarse. Salvámonos con solo tener la dicha de morir en estado de gracia: no obstante, los que por sus mejores disposiciones participan más de este dichoso estado, tienen también más gran parte en la salvación.

corazón son más vivas y rebeldes. Presumimos salir bien entonces del más difícil de los asuntos, aunque sea evidente que no seremos capaces de nada. Pretendemos remover el cielo y la tierra cuando la extenuación del cuerpo no nos deje fuerza ni aun para levantar un dedo: creemos poder tratar con éxito la cuestión de nuestra eternidad, cuando seamos incapaces de sostener nuestra atención por la menor bagatela. *¡Oh deplorable presunción!*¹ cuyo resultado es precipitarnos en el fuego!²

¡Ah Señor! ¿qué admiraré yo más, vuestra gran misericordia, que me ha concedido tan liberalmente el tiempo preciso para prepararme para la muerte, ó mi culpable temeridad en abusar de este beneficio? Tiemblo de horror cuando pienso en la ilusión de aquellos que, durante la vida, olvidando la memoria de la muerte, tuvieron la imprudencia de diferir hasta su última enfermedad, hasta el fin de su carrera su preparación para la eternidad. ¡Ay de mí! muchas veces he gemido por su suerte y tenido grandes temores por su alma, conociendo que era difícil y casi imposible prepararse para la muerte cuando ya toca uno á su última hora; y sin embargo, hasta el pre-

¹ Eccl. 37. 3.

² Heb. 6, 8.

sente he descuidado dicha preparación. Pródigo de mi salvación, no he evitado la locura que condenaba en los otros; imprudente como ellos, he diferido hasta la muerte el acto de prepararme á bien morir. Pero guiado en fin por una luz celestial, confieso que estaba en un error, que el demonio me engañaba; y reconozco que para prepararme bien á la muerte, el tiempo de la última enfermedad es un tiempo incierto, muy corto y de ningún modo conveniente. Por esta causa he resuelto firmemente en mi corazón ir con tiempo en busca de la salvación de mi alma, y sin nuevas demoras, mientras estoy aún en plena salud, comenzar la ejecución de este gran trabajo.

Concededme, Señor, la gracia de cumplir la voluntad que me habeis inspirado, á fin de que, preparado siempre á la muerte, vea llegar sin temor mi última hora, y entonces me regocije de haber cumplido en tiempo oportuno un deber cuya omisión me causaría tanto pesar á la hora de la muerte.

